

Los dos Benjamín Palencia

ADOLFO
CASTAÑO

Benjamín Palencia (Barrax, Albacete, 1894-Madrid, 1980) ilustró mis primeros años de curiosidad artística con su paisajismo declarado. Había otros nombres junto al suyo que también rompían el entramado de floreros y retratos de damas con collar de perlas, que como una enredadera maligna y tenaz ahogaban las paredes de las "salas de exposición" de la posguerra. Todos ellos abrían puertas hacia el mañana, y muchos, incluido Falencia, venían desde un pasado anterior cuyo recuerdo era de feliz memoria, aunque se intentara oscurecerle y negarle por todos los medios.

Inexperto, sus imágenes y las de los otros me ayudaban a soportar y a no desalentarme ante la lentitud del panorama, su trivialidad e inmovilismo planteados en el mismo centro de la vida. Desde entonces seguí su quehacer con fidelidad visual, descubriendo su carácter en sucesivas informaciones sobre su relativa docencia en la segunda Escuela de Vallecas — ¡amigos Carlos Lara y Alvaro Delgado!— su invisibilidad durante la guerra Civil, etcétera. Hasta que un día, no recuerdo exactamente qué año ni dónde —

ARTE

«Aquel era otro Benjamín Falencia. Un Falencia que desconcertó primero y renovó inmediatamente mi adhesión hacia su trabajo. Un Falencia, como siempre, muy capaz, pintor de verdad, hombre despierto hasta la astucia, que se cruzó y se integró con un colectivo en marcha, de alto valor intelectual.»

¿en Clan, en Biosca?— tuve la ocasión de ver y mirar dibujos y pinturas de su etapa anterior a 1936.

Aquel era otro Benjamín Falencia. Un Falencia que desconcertó primero y renovó inmediatamente mi adhesión hacia su trabajo. Un Falencia, como siempre, muy capaz, pintor de verdad, hombre despierto hasta la astucia, que se cruzó y se integró con un colectivo en marcha, de alto valor intelectual, tanto literario —Juan Ramón Jiménez, poetas del 27— como artístico —Alberto Sánchez, Maruja Mallo—. Un Falencia impresionado por el lenguaje que empleaban para tratar con las tendencias del momento, pero un Falencia reactivo ante la impresión recibida, buscando y encontrando respuestas a su manera, cuajando una forma pictórica propia, tanto en lo que se acercaba a lo natural, como lo que se encarnaba en signos rupestres, en signos que podían parecer su-rréales o abstractos.

Vinieron otros tiempos, otros nombres, otras promesas artísticas, y. mi reflexión sobre los dos Falencias, el anterior y el posterior a la guerra Civil, quedó en suspense. Suspensión que se aviva ahora al recorrer esta exposición "Benjamín Falencia y el Arte Nuevo, 1919-1936", que exhibe el Museo Nacional Reina Sofía.

La dinámica del arte consigue — parafraseo al poeta Gerardo

Diego— que las opiniones se desprendan por la velocidad de los astros. Falencia, en mi apreciación, fue sustituido por aquellos que indicaban y penetraban territorios diferentes al nuestro, y cuestionaban nuestro estar en él. Así Falencia conservó su misterio, la clave de su cambio, las razones de su mutación, misterio, clave, cambio y mutación que hoy vuelvo a plantearme.

Este fin de siglo es como una posguerra, pues las guerras de toda suerte no han dejado de sucederse a lo largo de él. Juan Bautista Vico tenía razón, porque en el hueco, en el tiempo entre los *corsi* y *ricorsi*, siempre tienen lugar recuperaciones, y el territorio y las fuerzas del arte no son ajenos a ellas. Falencia —ya lo he escrito antes— despierto hasta la astucia, siguió a partir de 1939 un camino que remontaba hasta sus orígenes, y que en ese momento histórico era el camino más oportuno para él, sin obligarse a traicionar su trayectoria anterior. También he indicado que estaba integrado en un colectivo deshecho, dispersado, por las circunstancias políticas, y he señalado su impresionabilidad ante sus influencias. Pues bien, su soledad le llevó a una necesaria redefinición de la oportunidad de su lenguaje plástico, redefinición

«Su soledad le llevó a una necesaria redefinición de la oportunidad de su lenguaje plástico, redefinición que encontró en el paisaje, en su manera personal de tratar el paisaje, creando así una tierra que todos podíamos habitar.»



que encontró en el paisaje, en su manera personal de tratar el paisaje, creando así una tierra que todos podíamos habitar, y él habitarla con éxito. De este modo, Falencia recuperó la imagen natural, no la realidad; la realidad la guardó para él, la disimuló entre las perdices, las piedras y los cardos. Se detuvo ahí, después de haber salvado a muchos del aburrimiento.

Con el debido respeto me permito una sospecha: sospecho que tras esta actualización de Falencia y sus tratos con el Arte Nuevo, venga hasta estas salas el Falencia del período 1936-1980. Sería lógico, después de esta experiencia, examinar su ciclo al completo, hacer balance de la importancia histórica de la obra de este autor, elevado al máximo por la crítica y el público; crítica que en alguna ocasión ha tenido sospechas de su propio entusiasmo. Además el momento que vivimos, momento de sen-timentalidad, en el que se dibu-jan cada vez con mayor precisión en su horizonte la naturaleza y la realidad, es muy oportuno para llevar a cabo el experimento. Naturaleza y realidad que nunca estuvieron ausentes, sino encubiertas, en el panorama.